

ASPECTO FORMAL DEL SISTEMA PEDAGOGICO DE LAS PUBLIC SCHOOLS INGLESAS

1. EL IDEAL FORMATIVO DE UNA PUBLIC SCHOOL.—Con lo que llevamos dicho en un artículo anterior creemos haber dado una idea de los diversos factores que integran la vida de una Public School inglesa en su aspecto exterior y material. Intentaremos ahora presentar una recapitulación de todo lo escrito, pero fijándonos en el aspecto formal; en otras palabras, en el criterio formativo que anima aquellas célebres instituciones, tal como se observa particularmente en la Public School de Downside.

Recordamos otra vez que en una P. School, *instrucción y educación* son dos conceptos inseparables el uno del otro. No se intenta allí crear una sección de jóvenes con una formación intelectual óptima, sino que su objetivo es *formar hombres completos*, mediante la formación intelectual, física y social, de cuya sabia combinación derivará el equilibrio individual, y, por consiguiente, el equilibrio y el buen orden de la sociedad; pues estos alumnos, de la clase acomodada, ejercerán un gran influjo en la marcha de la sociedad.

Esta sensación de equilibrio humano puede ya observarse desde el primer momento que uno entra en contacto con aquellos centros escolares. Se ve, por ejemplo, a aquel hormiguero de estudiantes divertirse holgadamente y a sus anchas por los patios y salas de recreo, y hojeando periódicos y revistas o bien conversando como personas mayores por los anchos corredores del colegio. Nada de actitudes estudiadas; ni aparecía ninguna señal que hiciera ver que aquellos jóvenes estuviesen cohibidos interiormente por el miedo de infringir una disciplina meticulosa y de manga estrecha. Del mismo modo se los verá dirigirse al refectorio, a la Iglesia, a la biblioteca, a las oficinas del colegio, a las clases, etc., no como moldeados, en filas rectilíneas, sino con holgura, a su tocante, diciéndose alguna palabra y aun dándose algún empujón; y también alguno que baja presuroso las escaleras para no llegar tarde. Pero no se ven semblantes resignados ni actitudes rígidas; parecen más bien un grupo de hombres ya maduros que van, con toda naturalidad, a su puesto de trabajo. Uno puede allí admirar el orden y la disciplina dentro de aquella flexibilidad y libertad. Los educadores ingleses saben muy bien que para hacerlos hombres los han de tratar como hombres. Lo saben; y ellos obran en consecuencia.

Como factores cardinales que realizan el ideal formativo que se propone una P. School, citaremos los siguientes:

a) LIBERTAD.—Inglaterra se gloria de ser una nación libre —«a free country»—. Y sus políticos conocen sobradamente el valor que tiene esta expresión ante la opinión pública de su pueblo, tan amante de esta característica suya. Como que una P. School debe formar buenos ingleses, se procura rodear aquella juventud estudiantil de un ambiente franco y libre. Allí se tiene un alto concepto del valor educativo de la libertad, que difiere, generalmente, del que se tiene en el Continente. En los países latinos, por ejemplo, «reina una obsesión por la autoridad. Preservar la autoridad. Como si los jóvenes fuesen hechos para la autoridad y no la autoridad para los jóvenes. Concepto este de seminario entre los católicos y de cuartel entre los no católicos; concepto anticuado aun en los seminarios y en los cuarteles. Es sobre todo el temor al peligro: peligro del castigo, peligro de la inmoralidad y el peligro también de la revuelta y del desorden. Es la psicología del jinete atemorizado que tiene un caballo brioso y que por eso no se atreve a aflojarle las riendas por temor de que salga desbocado. Que se le deje correr y se verá cómo después de diez saltos trotará como debe. ¿Qué tiene de extraño que ande jadeante si se le tira de la boca sin parar?»

El sistema disciplinar, flexible, garantiza esta libertad; y esta misma libertad, controlada por los mismos discípulos y por los Monitors, puede decirse que es lo que forma el nervio característico de este método de educación. Así los muchachos tienen una buena ocasión para aprender a usar como es debido de la libertad y de las iniciativas personales que les son permitidas, o en otras palabras, de llevar a la práctica el «self-government» (dominio sobre sí mismo). Y todo esto en forma natural y espontánea, lo que también hace que resulte más eficaz. Los estudiantes tienen un ejemplo del «self-government» en la jerarquía de los Monitors que son coetáneos suyos: estos mismos compañeros les pondrán el veto cuando se excedan. No sería el mismo el efecto de la educación de la libertad si la vigilancia fuese ejercida por los maestros, por los superiores; pues entonces sucedería que aquellos mozos se acostumbrarían a considerarlos como seres de otra categoría, de condición y tendencias distintas de las de su edad, y el aprendizaje no sería en modo alguno tan natural ni tan eficaz. Siguese, pues, que los maestros deben mantenerse en discreto alejamiento, e intervenir con rigor en caso necesario.

La libertad, considerada desde este punto de vista, será el gran elemento para formar hombres; y esto porque estos jóvenes habrán tenido ocasión de poder obrar libremente como hombres maduros, con determinación e iniciativas personales, propias. Por eso, si se les da la jerarquía monitoria y la vigilancia superior de los maestros a fin de rectificar las desviaciones que nacen en el uso de esta libertad —«Nitimur in vetitum semper cupimusque negata», dijo el poeta (Ovidio, Am. 3, 4, 17)—, se les da también, por otra parte, un ancho campo donde poder obrar enteramente libres. Libres, por ejemplo, en la elección de los juegos; en el empleo del tiempo durante las horas libres; en el buscarse los compa-

ñeros que prefieran para salir de paseo y tomar la dirección que más gusten —no les agrada allí la rigidez de los paseos en grupo y en dirección única—, libres los sábados por la tarde, etc. Se les permite tener también un módico peculio para satisfacer sus pequeñas necesidades en algunas oficinas del colegio o en las ciudades, los días de excursión.

En fin, en una P. School se franquea la entrada a toda cosa bienhecho-ra, y se quiere que los alumnos puedan solazarse en ella. Esto hará que no vayan en busca de otras cosas menos ordenadas y menos nobles. Y aquellos educadores no se molestan demasiado por algún caso de desorden que pueda tal vez ocurrir. Pero si ocurre, no cometerán el error psicológico de querer castigar a todo el colegio, privándolos, por ejemplo, de algo bueno y provechoso, sembrando así la desorientación entre los que se portan rectamente; antes bien será el látigo entonces lo que escarmentará al culpable, y la lección será útil para todos.

Este concepto práctico de la libertad se apoya en un conjunto de cualidades que el buen escolar inglés ha de poseer y ha de demostrar, y por la misma razón está obligado a suponerlas y a respetarlas en su prójimo. Cualidades como la de una buena educación —*good breeding*—, de sentimientos amables y gentil donaire —*kindness*—, y un aprecio del honor, y aun un aire de nobleza y circunspección. El portarse así, luciendo todo este ramillete de buenas cualidades, halla su justificación o su base ética en el concepto típicamente inglés del GENTLEMAN. Por eso Spencer pudo escribir:

*The gentle minde by gentle deeds is knowne;
For a man by nothing is so well bewrayed
As by his manners.*

Esta fisonomía ético-naturalista del *gentleman* ejerció gran influjo en Inglaterra. Ella creó allí una manera convencional de obrar y sentir que penetró en el alma inglesa, y que imbuyó igualmente a todo el ámbito educativo.

Las Public Schools educan desde el punto de vista del *gentleman*. ¡Se les ha repetido tantas veces esta palabra! ¡Es necesario que os portéis como un gentleman! ¡Habéis de cumplir como un gentleman! ¡Conviene ser nobles, gentiles... como un gentleman! O bien, en las correcciones: «¡Esto es impropio de un gentleman!», etc.

Este ideal del «gentleman», que va penetrando más y más en el joven, crea en su psicología una elevada estimación del honor y de la reputación pública. Se sigue de ello que los jóvenes cobran gran miedo al descrédito, y eso aun más delante de sus compañeros, sus iguales, que ante sus superiores. El que se les reconvenga públicamente por haber obrado injustamente, o, lo que es lo mismo, por no haber obrado como conviene a un «gentleman», lo que supone haber hecho traición a la confianza que los demás pusieran en él, es para ellos el mayor deshonor y lo que más temen. No se dejará sentir tan cruel el látigo, que tampoco faltará en tales casos.

De esta suerte los maestros podrán estar tranquilos cuando les dan libertad para ir donde quieran en los días de paseo; no habrán de estar recelosos por una «anguis in herba». Sus discípulos no lastimarán los campos ajenos al menos muy raramente; no molestarán a nadie, no darán que pensar en las poblaciones. Y todo esto no sólo no lo harán por la ilicitud objetiva de la cosa misma, sino porque al dárseles libertad se los ha supuesto unos perfectos «gentleman» y por tanto incapaces de hacer una mala acción y de hacerse indignos de la confianza depositada en ellos.

Este sentimiento de la opinión pública y de la confianza en la honradez de los demás constituye la gran norma cívica en Inglaterra. Pero es aún una norma terriblemente justiciera: «Yo te respeto; pero tú respétame también a mí. Pongo en ti mi confianza; tú, empero, debes obrar en consecuencia.» Y la reacción es violenta cuando uno falta a su palabra de honor. Esto explica en gran parte el buen orden social que se observa en la Gran Bretaña; y maravilla algunas veces comprobar esa confianza pública como la que se tiene a sus organismos oficiales, puesto que éstos están obligados por los mismos principios a obrar también honradamente. Se observa asimismo un mayor cumplimiento de las leyes (1).

Este ideal del *gentleman*, tal como imperó en la rubia Albión desde el siglo pasado, sufre en la actualidad graves ataques; no tiene ya el mismo aprecio de que disfrutaba antes de la última guerra. Esto le viene principalmente de la evolución social que experimenta hoy día aquel país y de la política socialista del «Labour Party», que amenaza con destruir las mejores tradiciones inglesas. Por eso se ataca también a las «Public Schools», como a escuelas de clase distinguida, y peligran, en efecto, en alguno de sus aspectos. El Estado tiende también a entrometerse cada día más en el campo de la educación superior. Cabe esperar, a pesar de todo, que la Inglaterra de la postguerra superará toda su crisis actual, tanto desde el punto de vista económico como social, y que las P. Schools, dada su flexibilidad y poder de adaptación, sabrán desembarazarse de las dificultades con que topan al presente. Como consecuencia de todo esto, aquella típica cortesía y galantería inglesas ha perdido mucho de lo que era antaño.

b) VIDA FAMILIAR.—Es este otro factor primarísimo de la formación dada en una Public School. La misma división de la escuela en Houses facilita este ambiente familiar, ya que permite agrupar un número limitado de discípulos en una casa, donde convivirán con un mismo Housemaster y con su propia jerarquía de Monitors, considerándose como herederos de las glorias y recuerdos que guarda cada casa de los jóvenes que pasaron por ella. Al considerar este aspecto se echa de ver nuevamente cómo instrucción y educación forman allí dos conceptos felizmente inseparables. Reduciendo así el número de discípulos es como el maestro podrá conocerlos a todos y formarlos. Esta vida familiar no tiene así nada de ficticia entre

(1) Quienes deseen conocer otros detalles de esa confianza pública y de cortesía inglesa, pueden leer, entre otros, el libro de Augusto Assía *Los ingleses en su isla*; Barcelona, 1943, p. 149.

aquellos muchachos venidos de diversas partes de la isla y de otros países del Imperio Británico.

c) DEPORTES.—Hemos hablado ya bastante de ello en el artículo anterior, donde señalábamos al mismo tiempo la importancia formativa que se les atribuye. Y esa importancia es muy real; pues no es la psicología de un hombre adulto lo que hay que considerar en el campo educativo, sino la del joven, la del niño que empieza a manifestarse por sus instintos; y los juegos son una realización de los instintos. Por eso es necesario ennoblecen estos instintos en el joven mediante la práctica de un buen deporte: «Mens sana in corpore sano». En la revista «Atenas» (abril, 1945) se hacía notar que «estos nobles ejercicios tan compatibles con el estudio y la virtud, cuando deliberadamente no se busca en ellos lo contrario, no sólo aplausos merece, sino también una cálida recomendación. ¡Cuánto más nocivas son al organismo y al espíritu esas salas de espectáculos donde el público rebasa con frecuencia la dudosa o francamente reprobable moralidad de lo que se contempla en la escena o en la pantalla! ¡Y cuánto más eficaz es también este estímulo deportivo para la vida intelectual! Saber jugar alegre y caballerosamente supone capacidad para llenar con holgura cualquier otro empeño noble.»

d) SISTEMA DE «MONITORS».—Dimos ya a conocer anteriormente esta jerarquía disciplinaria. Su eficiencia estriba en que siendo ellos también discípulos y viviendo en medio de sus iguales conocen mejor que los mismos maestros las tendencias y las ocasiones de sus subordinados. Son, por lo regular, jóvenes de unos dieciséis o diecisiete años, que han pasado ya la edad crítica. Jóvenes que faltarían como los demás, teniendo ahora la responsabilidad sobre los otros, se portan como hombres y saben ser exigentes: «honos habet onus». Si un Monitor se porta mal, se le castiga severamente o se le expulsa del colegio. Este sistema aporta todavía otra ventaja, que consiste en que el Housemaster dispone de más tiempo libre para dedicarlo al trabajo de formación; lo que le atrae mayor simpatía de parte de los discípulos, ya que los Monitors le ahorran el haber de intervenir en las querellas, que nunca faltarán entre ellos.

e) VIRILIDAD.—Como se desprende de lo dicho, todo el sistema educativo de estos centros puede calificarse de viril. Esta cualidad la posee igualmente la sociedad inglesa moderna, que por esto se la ha calificado de sociedad viril. En estas escuelas nótase una marcada orientación hacia la consecución de esta virilidad; esto puede verse, por ejemplo, en la aplicación de los castigos corporales; en la actividad de los Monitors, que deben hacerse obedecer, y en los demás, que deben sujetarse a sus iguales; en la clase de deportes y en la disciplina, tanto física como moral, que debe mantenerse en estos juegos, así como también la vehemencia, rayana a veces en la violencia, que en ocasiones se demuestra en ellos, como por ejemplo en el boxeo. No es que se pretenda hacer de ellos grandes deportistas que salgan victoriosos en todas partes, no; más bien se pretende infundir en ellos una virilidad que les haga capaces de enfrentarse y de adaptarse a

todas las circunstancias de la vida. Esta virilidad, sin embargo, no debe de ningún modo ser la expresión de cierta rigidez o de una naturaleza escabrosa; antes bien, debe ser la armonía producto del coraje, de la nobleza, del dominio de sí mismo, de la cortesía, del buen humor y del buen juicio.

f) EDUCACION PATRIOTICA.—Esta educación se pone muy de relieve en las Public Schools: son verdaderos centros de patriotismo. Pueden verse en estas escuelas grandes lápidas que ostentan muchos nombres de antiguos discípulos que murieron en servicio de la patria. Así en Eton, en la columnata debajo de la «Upper School», se puede ver un friso que contiene los nombres de 1.154 ex alumnos que murieron en la guerra de 1914-1918. Hay además en este mismo colegio los «Memorial Buildings» que se erigieron en memoria de los Etonianos que cayeron en la guerra del Africa del Sur. Gustan asimismo de decorar las paredes del edificio con estatuas y retratos de personajes reales y de gente ilustre que tuvieron alguna relación con el colegio o se educaron en él. Eton guarda muchos recuerdos del rey Enrique VI, que lo fundó en 1440, a los dieciocho años, y de bustos de antiguos alumnos, como Walpole y Wellington, y retratos de otros Etonianos, como los de los tres Prime Ministers: Gladstone, Rosebery y Balfour, algunos de los cuales fueron sacados por maestros como Reynolds. Los domingos, al final de la misa conventual, las esbeltas bóvedas de la basílica de Downside resuenan con las voces de los alumnos, orando por el Rey Jorge, tal como se observa en todas las parroquias católicas. Los protestantes tienen también sus preces por el Rey.

g) EDUCACION SOCIAL.—Como hemos hecho observar, el escolar inglés de una Public School se encuentra rodeado de un ambiente familiar, social. No se cifien allí a dar a aquellos mozalbetes una educación puramente personal, sino a formarles en vistas a la sociedad con la que deben convivir. Y como quiera que todos ellos pertenecen a la clase acomodada, se les infunde unos modales adecuados a su posición social, acostumbrándolos a las formas de cortesía.

Bajo este respecto me pareció interesante la práctica de las «parties» o recepciones de sociedad que los colegiales de Downside practican con frecuencia. Estas parties tienen lugar en pequeñas salas «ad hoc», y después de cenar. El joven autorizado para dar una «party» preparará de antemano el saloncito, e invitará a uno o más condiscípulos a pasar un rato con él, obsequiándoles al mismo tiempo con una taza de té o café y algunas galletas. Pude ver allí a aquellos jóvenes ingleses portándose según todas las exigencias de la etiqueta, sentados en derredor de aquellas tazas humeantes que despiden perfumes aromáticos y departiendo amigablemente. Cierta día, al anochecer, un Housemaster me invitó a pasar un rato en su compañía y en la de otros jóvenes, en la habitación de su propia House. Al cabo de un rato llamaron a la puerta y entró un muchacho rubio y robusto, iniciándose el siguiente diálogo:

Discípulo: Buenas noches.
 Housemaster: Buenas noches.
 Disc.: Venía para decirle que hemos terminado nuestra «party».
 Hous.: Muy bien. ¿Ha tenido muchos huéspedes?
 Disc.: No muchos; tres.
 Hous.: ¿Eran de otras casas?
 Disc.: Sí; de Smythe.
 Hous.: Está bien.
 Disc.: ¿Puedo retirarme con su permiso?
 Hous.: Buenas noches.
 Disc.: Buenas noches.

Con este sencillo diálogo se reflejaba lo habituados que están aquellos alumnos a la división en Houses y a estas prácticas de cortesía. Aquellos jóvenes llegarán a ser hombres porque ya se los consideraba y se los trataba como hombres.

h) RELIGION.—La enseñanza de la Religión en las Public Schools protestantes se limita casi únicamente a la Sagrada Biblia, explicada por los mismo profesores, según sus creencias personales, desde 1870, fecha en que se sustrajo ese oficio a la «Church of England». En los días festivos celebran además los «religious services» tal como se practican en las capillas protestantes.

Escritores protestantes ingleses se han quejado frecuentemente —y con razón— que esta formación religiosa resulta insuficiente. Y causa verdadera lástima todo esto, al pensar en aquel fervor religioso que, algunos siglos atrás, reinaba en los más célebres centros docentes ingleses. «Dominus illuminatio mea», reza todavía el lema de la vieja Universidad Oxoniense. El «Educational Act» aprobado por el Parlamento inglés en 1945, fija la Religión como asignatura obligatoria, con algún acto religioso, salvando empero las respectivas confesiones. Pero no creemos que se consiga con esto quitar el frío espiritual que se siente en sus lugares de culto. Es sabido que la secuela que el protestantismo ha dejado a la moderna generación inglesa es una indiferencia casi general por los valores religiosos y eternos. Pero este resultado es, por otra parte, bien lógico. El anglicanismo, en efecto, falto de un cuerpo dogmático firme, y con tantos principios doctrinales contradictorios —como se ve en las múltiples interpretaciones que se dan en él de la sucesión jerárquica, cuestión al presente de mucha actualidad— y con unos principios de moral que penetran tan poco en la moralidad interna de la persona, ha hecho de Inglaterra un país angóstico e indiferente. Al menos en esto las autoridades inglesas, tanto civiles como las anglicanas, podrían aprender mucho de España (2).

La educación religiosa en una P. School católica figura, naturalmente,

(2) No ignoramos, sin embargo, que entre las filas de la Iglesia anglicana figuran fieles sinceros. En general, empero, según hemos dicho ya, se ha perdido el verdadero aprecio por la religión, que para ellos consiste casi únicamente en los Sacramentos del Bautismo, Matrimonio y algún otro, según las creencias particulares del individuo;

en el puesto de honor que le corresponde. Ya hemos hablado de ello en el artículo anterior, al describir el horario del colegio de Downside. En esta escuela se tienen además tres horas semanales de curso de Religión. Los escolares de Downside gozan aún de la circunstancia favorable de poder vivir las solemnidades cristianas en el pulcro y sobrio ambiente litúrgico de la Abadía Benedictina. Esto les ayuda a conservar un recuerdo felicísimo de su «Alma Máter». De esta escuela han salido muy buenos católicos, algunos de los cuales han desempeñado importantes cargos en la nación y se han demostrado celosos por la propagación de la verdadera fe católica, apostólica y romana en su patria (3). Los monjes afirman que un 60 por 100 de los alumnos proceden de matrimonios mixtos; pero que, a pesar de esto, un 95 por 100 permanecen fieles a la fe católica. Me gustó en gran manera comprobar que los monjes de Downside se esfuerzan por inspirarles un sentido católico más vivo, más vigoroso y más activo. Me parece que el catolicismo inglés puede ganar mucho aún en este respecto. La jerarquía eclesiástica actual demuestra que lo tiene presente.

i) MORALIDAD.—La Gran Bretaña causa buena impresión por lo que

en la lectura de la Biblia, en los «religious services», cuyos actos son, entre otros, el oír la lectura del texto sagrado, escuchar alguna vez una plática del «parson», el canto de himnos, y en muchas iglesias también la «Holy Communion», aunque con gran diversidad de creencias por lo que se refiere a la esencia del Sacramento. También acuden a la iglesia para los entierros, si bien está mucho en uso entre ellos la desgraciada práctica de la cremación de los cadáveres. En ocasiones determinadas tienen lugar actos religiosos de acción de gracias. Por lo demás, durante la semana, el protestante inglés, en general, no piensa en ir más a la Iglesia ni en cumplir ninguna otra práctica religiosa. Tienen en aprecio a sus «parsons» o pastores, a quienes están acostumbrados a ver rodeados de sus propias mujeres e hijos, y enfrascados, por tanto, en los quehaceres domésticos comunes; pero la simpatía es muchísimo inferior y ciertamente muy otra de la que el pueblo católico tiene por sus castos y desprendidos sacerdotes. Los protestantes no quieren que sus «parsons» les molesten mucho y prefieren tenerlos a cierta distancia. Es muy corriente entre ellos considerar útil la conservación de la religión y de los «parsons», porque creen que así se conservará aquella tradición religiosa y ritual de su país (modo de pensar muy inglés), y aun para que los niños se formen con buenos sentimientos humanitarios y sean dóciles a sus padres. Es desde este punto de vista que se da tanta importancia a la lectura y explicación de la Biblia en las escuelas, máxime en las escuelas primarias. Dada la división de la misma «Church of England» en diversas ramas y la multiplicidad de sectas confesionales, los protestantes ingleses tienen pocos conocimientos religiosos y carecen de solidez en sus principios dogmáticos. Esta diversidad de creencias religiosas había de traer consigo necesariamente una debilidad interna en el campo de la moral cristiana. Interna, digo, porque si hay que juzgar únicamente por las apariencias sería necesario hacerles un elogio que no sabríamos hacer a otros países continentales, reconocidos como católicos. La vida familiar, la santidad del matrimonio y su indisolubilidad, son muy profanados en Inglaterra. Es interesante hacer hincapié sobre eso como quiera que tratamos de pedagogía. Los niños ingleses no transparentan una felicidad espontánea como los nuestros. A muchos les habrá faltado un calor familiar; pero tampoco han vivido las fiestas cristianas como se viven en los países católicos, y no han bebido como éstos en las fuentes de pura alegría que son los Santos Sacramentos de la Iglesia. En Inglaterra las cuestiones religiosas son raramente temas de conversación.

(3) Los antiguos alumnos de Downside forman la asociación llamada «St. Gregory's Society».

atañe a la moralidad externa. Esto, empero, no es fruto de virtud cristiana —y por esto mismo es floja allí la moral «in foro interno»—; antes bien, puede considerarse como un producto de su temperamento retraído, que gusta poco de manifestar sus emociones, y, sobre todo, como resultado de su nivel cultural y de la tradicional educación cívica. Debe considerarse como una cualidad hermana de aquella honradez y nobleza que integran el programa de conducta de un «gentleman».

Las P. Schools católicas, mediante la enseñanza y la práctica de las virtudes cristianas, dan a sus discípulos una formación moral más elevada y más eficaz; les dan a entender que la vida honesta es una virtud cristiana y de ningún modo una cualidad meramente natural. Tan sólo así puede lograrse la honestidad interna, que es lo principal y más necesario; y sólo así será posible percibir en la juventud el perfume de aquella casta virtud.

El modo de ser inglés se echa de ver una vez más en este respecto en una Public School. Se intenta que en aquel ambiente de flexibilidad y de libertad impere a la par un ambiente de sana moral. Los monjes ingleses tienen como principio que esto no se logrará yéndoles de continuo al acecho ni con muchas amonestaciones o sanciones, o detallándoles todo un programa de cosas ilícitas, ni con reprensiones, sino más bien procurando rodearlos de un ambiente de bienestar, de simpatía y de la alegría de un vivir feliz, oreando las conciencias más que hacerlas apocadas y pusilámines. Con este fin, y también para quitar las inquietudes, no les dan la idea del pecado cuando todavía no pensarían en ello por sí solos. Cuando se los ha iniciado ya en el misterio de la generación, se les hablará de ello lo menos posible.

Los colegiales de Downside me causaron buena impresión en punto a moralidad. Bien es verdad que tampoco falta allí algún desliz y algunas afecciones menos ordenadas: cosas que ocurren en todos los colegios; pero no son muy frecuentes. Los monjes, además de la base principal de toda sana moral que es la religiosa, la única en realidad que puede infundirles un ideal que más que otra cosa hará que puedan dominear sus instintos, consideran algunos otros factores como de gran importancia para la obtención de un ambiente sano. Y así, creyendo que el tedio es la causa del vicio solitario y de otras inmoralidades, se los deja en gran libertad en muchas ocasiones para expansionarse en toda clase de distracciones nobles. Aquellos educadores dicen: «Concededles numerosas expansiones lícitas y no se buscarán ellos otras ilícitas.» Es por eso que se muestran solícitos en tener ocupados sus cerebros con los debates públicos, lectura de revistas, conferencias, pasando largos ratos en las bibliotecas del colegio, etc. Los deportes juegan también un papel importante en esto, pues al efectuarse de un modo reglamentario y con reñida competencia, los tienen ocupados en sus ratos libres, y además la violencia que ponen en ellos agota sus energías físicas. También ayuda la separación vigente entre la Junior School y la Senior School. Los

«monitors», que conocen de cerca a sus compañeros, vienen a ser un buen elemento para este fin.

2. EL IDEAL DE LA PUBLIC SCHOOL DE DOWNSIDE

Cuando se acercaba el fin del «Summer Term», hubo un día en que Downside se vió más animado que de costumbre y tomó un aspecto festivo. Era el día del «Prize-giving», día de la distribución de los premios del curso que estaba a punto de terminar. Por la tarde, los colegiales, acompañados de sus familiares, se reunieron en una gran sala, que llenaban por completo. Allí, no bien hubo el Headmaster terminado de leer su larga relación sobre la actividad del colegio durante todo el curso, se levantó la noble figura del Abad, Dom Christopher Butler, quien, con gran elocuencia, expuso el ideal de la Public School Monástica de Downside. Resumió este ideal en una vigorosa frase de la célebre personalidad inglesa, el mártir Santo Tomás Moore, y que el Abad hizo suya: «Downside quiere formar "good soldiers of the King, but first of all of God"» (huenos soldados del Rey, pero primero de Dios).

ADAPTACION DEL SISTEMA AL CONTINENTE

Una vez expuesto en estas páginas y en las que precedieron el sistema escolar que ha formado la sociedad directora de la Inglaterra moderna, tal vez se preguntará alguien si no sería posible adaptar este mismo sistema al Continente europeo.

Es necesario considerar primero algunos puntos. Una Public School en su plena evolución, tal como la acabamos de describir, supone un ejercicio económico importante, pues por lo general estas escuelas constan de grandes edificios, cuya conservación exige fuertes sumas de dinero. Todas poseen grandes campos de deportes, piscinas, bibliotecas, profesores asalariados, etc., además de su médico propio, enfermería y demás personal doméstico. Aunque, sin embargo, no hay que olvidar que todas ellas tuvieron también su humilde principio.

Lo que ha hecho posible, en primer lugar, la existencia y la evolución de estas escuelas, que en punto a sistema no tienen igual en nuestros países, ha sido el gran aprecio que la Gran Bretaña ha demostrado por los valores de la educación de su juventud. Los ingleses están dispuestos a gastar y hacer muchos sacrificios con tal que sus hijos puedan ser educados en una Public School. Alguien ha hecho notar que en Francia y en Bélgica —y nosotros, quizá con más razón, podríamos añadir: en España— es justamente en materia de educación de los hijos que se pretende economizar (4). Recordemos que la última ley de Enseñanza salida del Parlamento inglés prorrogó la enseñanza primaria obligatoria hasta los quince años.

Hoy día, a pesar de las graves dificultades económicas que está sufriendo Inglaterra a causa de la guerra y de la nueva política socialista.

(4) Dom De Grunne, art. c., p. 25.

tanto las Universidades como las P. Schools se ven invadidas de estudiantes, y eso que las pensiones se han subido considerablemente. Los alumnos de Dowside pagaban cerca de 280 libras esterlinas durante el curso 1947-1948. En otras escuelas, como Eton, satisfarían tal vez el doble. Al capital de las pensiones escolares debe añadirse las muchas donaciones hechas a los colegios, cosa frecuente allí, lo mismo que a las Universidades. Estos colegios poseen además bienes inmuebles considerables. Downside tiene una gran extensión destinada para jardines. El monasterio y escuela de Ampleforth posee cerca de 1.200 hectáreas. Tampoco les faltan sus granjas, que les suministran leche y carne.

Ahora bien; al querer introducir en nuestros países este método educativo anglosajón, por muy óptimos y superiores que se puedan considerar a nuestros sistemas, sin embargo se cometería un error contra la psicología de los pueblos si se quisiera implantarlo de un modo total y en conjunto. Todo país ha dado como fruto propio cosas buenas y malas, que son como exponentes de las cualidades y defectos del alma de sus habitantes. No hacen falta cosas óptimas entre nosotros. Pero creo que estaría en su punto el querer reconocer las experiencias pedagógicas de las P. Schools inglesas, bastante celebradas, y tomar de ellas muchas cosas. ¿Y por qué no ensayar la adaptación de su sistema pedagógico en España, si tenemos ya el precedente de que, lo mismo que en otros países continentales, muchos jóvenes de la clase acomodada y aristocrática, empezando por la familia real, han ido y van todavía a formarse en aquellos centros docentes? Repetimos, empero, que no hay que adoptar el sistema en un todo, sino que debe tomarse de él lo esencial, y eso acomodarlo al modo de ser de cada pueblo. En el curso de esta exposición ya hemos hecho resaltar lo que tienen de más preciado aquellas escuelas, y de lo que podría aprovecharse nuestro país, como son, particularmente, los factores formales de su sistema.

Esta adaptación ha sido tanteada ya en los países latinos. Pero no siempre ha tenido el éxito que se esperaba; y queremos indicar aquí los dos extremos causantes del mal resultado:

1) **Una adaptación demasiado minuciosa y total**, que ha hecho que una cosa genuinamente inglesa no llegara a arraigar en el nuevo país donde se intentaba introducir: «Est modus in rebus.»

2) **Una adaptación informal**, inconsecuente, bastarda. Esto ha ocurrido «porque se ha tomado como de prestado el método inglés sin tomarse la molestia de sacar las consecuencias: se teme, diríamos en otras palabras, desarrollar las conclusiones a que dan lugar las premisas. Por ejemplo: se pretende dar responsabilidad a los discípulos, pero sin permitir que la pongan en práctica: se les saca así con la mano derecha lo que se les ofrece con la izquierda. Se llegará a nombrar, pongamos por caso, un capitán de juego; pero nada podrá decidir, pues sus superiores, que nunca le dejan de lado, parecen como si se resintieran de ello. Se creará un cuerpo de «monitors»; pero con la única misión de cuidar si los alumnos más jovencitos tienen sus pupitres en orden. Serán, en fin, buenos

chicos, pero no buenos jefes, no muchachos con personalidad. Se es demasiado celoso de la autoridad» (5). No hay necesidad de aspirar a ninguna de estas adaptaciones incompletas y, por lo mismo, destinadas al fracaso.

En los países escandinavos y en Holanda y Suiza, la adaptación no es difícil. Los jesuitas holandeses lo han aplicado en las cercanías de Utrecht. Para los países latinos tenemos «el ejemplo de la escuela de Roches, en Francia, fundada por Demolins a últimos del siglo pasado, luego de haber publicado su libro famoso: «A quoi tient la supériorité des anglosaxons». Este colegio es de un espíritu tan francés como cualquier otro de Francia; pero hizo suyo el aspecto educativo anglosajón, aunque pres-tándole una impronta francesa. Este colegio ha hecho sus pruebas. Ha formado hombres esclarecidos, tanto por su carácter como por su espíritu. Los ex alumnos de Roches han salido tan airosos de sus estudios como los demás jóvenes franceses; pero, además, han recibido una educación humana más completa. Hay aún otros colegios en Francia que han seguido el ejemplo de Roches, pero son demasiado pocos. Cabe mencionar sobre todo el de Pontoise, regido por los Oratorianos.

Pláceme mencionar todavía otros ejemplos recientes que podrían alentarnos en la tarea de la adaptación de estos sistemas pedagógicos en nuestro país. Durante el verano de 1948 tuve la agradable ocasión de pasar unos días en la abadía benedictina de Saint André (Bruges, Bélgica). A la sombra del monasterio se levanta el colegio (6), donde se educan unos doscientos jóvenes de trece a catorce años y otros cincuenta de menor edad, que residen en la escuela preparatoria (otro edificio distante unos doscientos metros de los demás edificios). Durante el curso de 1946-1947, esta escuela experimentó una profunda transformación: se adoptó el sistema de una P. School inglesa en cuanto fué posible. Esto se debió a que algunos monjes profesores de aquel monasterio tuvieron ocasión de conocer el espíritu de aquellas instituciones docentes de la Gran Bretaña.

No faltan, naturalmente, dificultades al principio, que provienen en parte del hecho que el nuevo sistema no tiene allí tradición. Ha sido necesario además elevar el coste de la pensión. La escuela está dividida en seis «Forms». La dificultad mayor se halla en los estudios, ya que en

(5) Dom De Grunne, art. c., p. 26. De este autor tomamos los datos sobre la adaptación del sistema en algunos colegios de Francia y Holanda.

(6) Me es grato comprobar cómo tantos Monasterios Benedictinos conservan todavía hoy la tradición escolar, misión auténticamente benedictina y que hizo antaño tan gloriosa la Orden monástica. El Monasterio de Montserrat tiene también, desde el s. XIII-XIV, su escuela musical para unos 40 niños cantores. El reasumir esta gloriosa misión, ¿no sería poner a nuestro alcance el medio a propósito para conseguir que la Orden Benedictina adquiriera la pujanza que tiene en tantos otros países, y que en España se viesen pulular nuevos Monasterios o surgieran más bien de nuevo los venerables cenobios que la generación actual contempla inactiva cómo van a la ruina o cómo pasan a manos de otros? Los Monasterios ingleses se han podido propagar de un modo tal gracias a sus colegios, los cuales les han proporcionado medios económicos y vocaciones.

Bélgica, como en la mayoría de los países continentales, según hemos dicho, el plan oficial de estudios no deja tanto margen que pueda ser acomodado a la corriente de vida de una P. School. Por esto resulta más difícil el dividir los alumnos en «Forms», en Secciones, o en «Groups». A pesar de esto, reina gran entusiasmo entre los monjes profesores, halagados por los resultados obtenidos, aunque no sean aún del todo satisfactorios por las razones aludidas. El sistema de «monitors», que economiza tanto trabajo a los maestros, ha arraigado rápidamente entre ellos, gracias a la buena organización que tienen en Bélgica los «boy-scouts», en cuya institución los chicos mayores tienen a su cuidado los de menor edad.

En resumen: me decía un Housemaster de St. André que para que el nuevo sistema pedagógico pueda alcanzar un éxito completo y producir el fruto que se espera, precisa que pasen unos años más, con el fin de que sea algo más tradicional, más indígena.

La célebre abadía belga de Maredsous (Namur) acaba de realizar lo mismo, más o menos, en su escuela abacial (7). Plácenos dar nuestra más cordial enhorabuena a las dos ilustres abadías belgas por esta nueva prueba de vitalidad.

DOM HILDEBRANDO M. MIRET, O. S. B.

(7) Esta escuela fué fundada en el año 1881. El número de discípulos no rebasa el centenar. Procuran que cada clase no tenga más de 12 ó 15 alumnos. Tienen gran interés, por consiguiente, de hermanar la instrucción con la educación. El coste de la pensión, por los años 1948-1949, era el siguiente: Para las familias de seis o más hijos: 7.000 francos belgas. Para las de cuatro a cinco: 8.000. Y para las menos numerosas: 9.000 francos. Agradezco mucho de estas informaciones al P. Recteur de l'école Abbatiale de St. Benoit de Maredsous.